

La noche del ángel

Toda historia tiene un tiempo y un lugar, sin embargo lo que voy a contar ahora no ocurre en ninguna parte y si tuviera que buscarle un tiempo debería decir que sucede a veces, en la madrugada, cuando la oscuridad es total y mi cabeza busca desesperadamente algo a qué aferrarse; algo sólido, que me tire hacia adentro, muy hondo, hasta dormirme. Lo que quiero contar es la aparición del Ángel. En sí mismo, esto no tiene nada de particular. Hay noches en las que aparece una multitud por mi cabeza, pero no aparece por casualidad. Un recuerdo de mi infancia lo explica. Una de esas pequeñas zonas áureas que quedan para siempre en el interior de cada uno: un cuento. Ese cuento dice que los seres que ya han muerto esperan melancólicos que alguien, de este lado de acá, los recuerde para no estar, así, tan definitivamente muertos. Entonces muchas noches se me da por ahí: hago vivir a gente muerta. Por eso, la aparición del Ángel, anoche, luminosa entre tantas y tantas apariciones ocreas, me sobresaltó. Porque el Ángel no está muerto. Abrió la puerta y allí estaba, delgado y frágil, como siempre. La puerta es la puerta de la casa del cuento. Mi imaginación es tan pobre que repite esa sobrecargada casita de ilustración, llena de cortinas a cuadros y tejas donde esperan los del otro lado que un recuerdo los vaya a buscar. No soy nada imparcial. Invariablemente, la que primero hace su aparición por la puerta de madera con tréboles calados es mi abuela. La hago vivir un rato, conversamos, nos reímos. Después, desaparece. Sigue mi otra abuela y, por riguroso turno, personas a las que he querido mucho, poco o nada. Cuando los elegidos ya han hecho su parte (y son pocos) se me presenta un problema moral: ¿por qué unos sí y otros no? ¿Puedo yo discernir entre muertos buenos y muertos malos? Ni que decir malos, sino simplemente chocantes, como la tía abuela Clota que cuando nos besaba nos pinchaba toda la cara y a la que yo vi solamente tres veces. Quién se acordará de ella ahora. Seguramente nadie. Mi conciencia me hostiga y me rindo ante el imperativo del deber. En este punto, cómo no preverlo, por la puertita sale mi tía Prosperina, tan fea como fue en vida y siempre pasa lo mismo. No sale vieja y marchita como yo, en rigor, la conocí, sino que sale como era en 1928. El motivo de este extraño fenómeno es una foto suya adherida por una de las esquinas al álbum de mi abuela: mi tía Prosperina de capelina, guantes y estola sentada en un banco del Jardín Botánico. Tiene la cara un poco ladeada y la sonrisa torcida. Del otro lado de la foto se lee: «A mi querido hermano Poroto desde este Buenos Aires maravilloso 21/5/1928.» Bueno, mi tía sale por la puerta verde con tréboles calados así, como en el Botánico. Yo la hago vivir a desgano. A veces, damos una vuelta alrededor de la casa. No tengo nada que decirle. Ella parece agradecida y no es para menos: no mucha gente de este lado de acá debe acordarse a menudo de ella. Era odiosa y malpensada. Y así sigo, haciendo vivir a algunos sin ganas y a otros muy cuidadosamente. Casi siempre termino cansada y me duermo. Por eso anoche, hace unas horas,

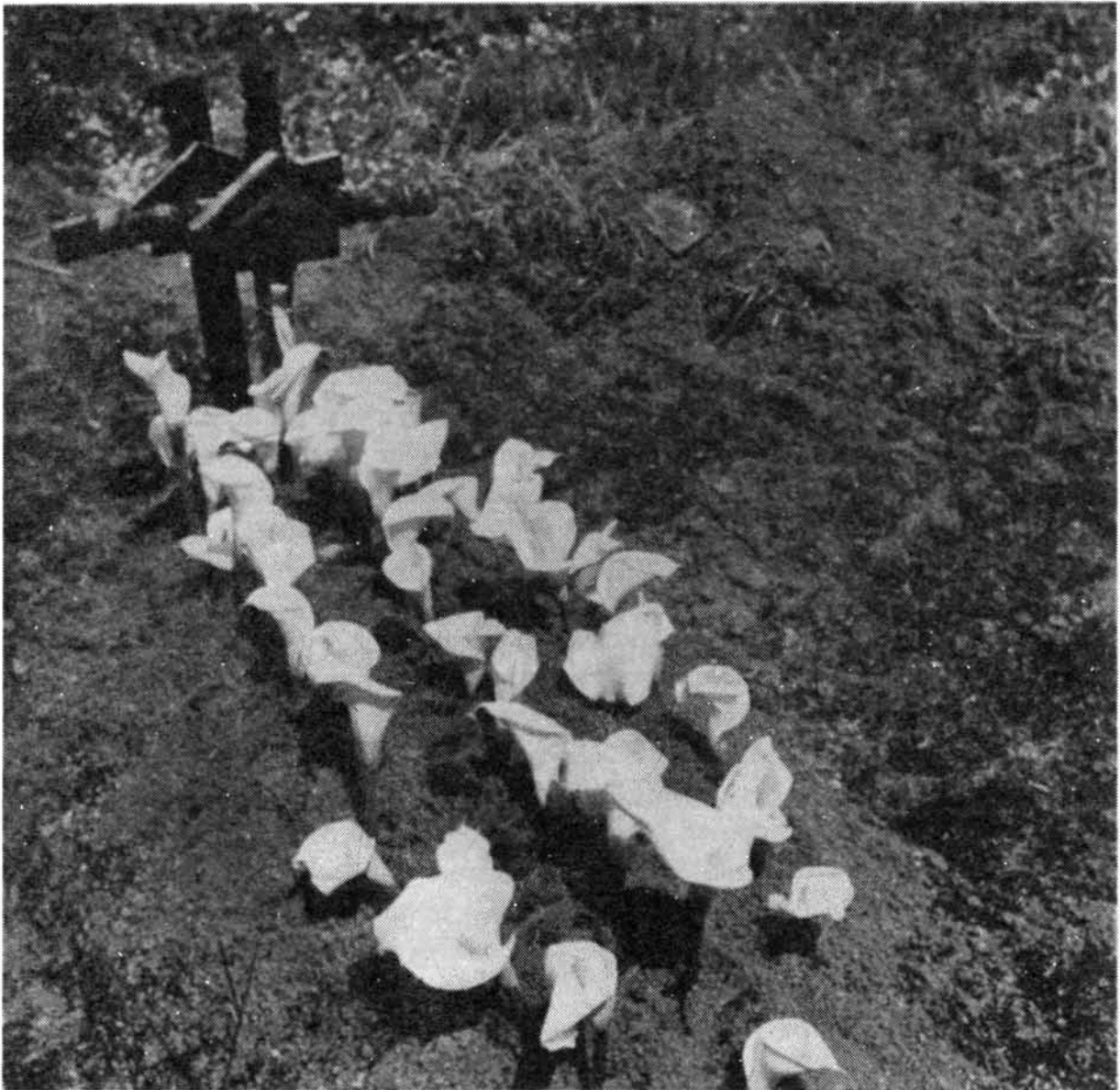
la aparición del Ángel me sorprendió y me inquietó. Debo decir antes que nada, que el Ángel no es ningún ángel con alas. Aunque muchas veces, en la casa grande, en aquellos veranos increíblemente largos, cuando nos quedábamos fascinados mirando el cuadro extraño del ángel dormido en el bosque, yo creía encontrar secretas correspondencias entre la imagen pintada y su cara. Pero bien, él quedó allá, él vive allá ahora, en aquel pueblo remoto de los veranos. Sin embargo volví a cerrar los ojos y apareció otra vez por la puerta de la casita, su cuerpo frágil, la sonrisa enorme de siempre, los ojos oblicuos de alegría, las manos en los bolsillos. Abrí los ojos muy grandes en la oscuridad: no debía dejar que el Ángel apareciera por esa puerta. Tal vez puedan pensar que son fantasías, imaginaciones mías. Para mí son cosas serias y tan reales como el sol de cada mañana o un tren que cruza la noche. No pude quedarme más en la cama. Me puse un chal sobre el camisón y caminé por la casa. Quería acordarme mucho del Ángel. Me vine a sentar al patio. Me gusta sentarme aquí y mirar las estrellas entre las hojas de los árboles.

Acordarme mucho del Ángel es lo mismo que acordarme de la casa de la abuela en los veranos, de mi hermana y de mi otro primo, Marcelo el sabihondo. Las siestas en las que el tiempo no existía, los libros viejos con ilustraciones de mariposas cubiertas con papel de seda, la tierra seca y caliente en el patio de las cañas y los cuentos de aparecidos. En el pueblo de mi abuela había dos aparecidos: el chanco sin cabeza y la viuda negra. Estos cuentos los contábamos siempre a la tarde, después de tomar la leche, cuando los tres extranjeros acompañábamos al Ángel hasta el cruce de las vías la enormidad de cinco cuadras. Antes de salir Marcelo el sabihondo, robaba, con precauciones exageradas, un cuchillo de la cocina y lo escondía debajo de la camisa. Por si se presentaban el chanco sin cabeza o la viuda negra, y decía: «Hombre prevenido vale por dos». Marcelo tenía nueve años, sabía muchísimos refranes y podía hacer palabras cruzadas sin preguntar nada a nadie. Nosotros sospechábamos que hacía trampa. El Ángel siempre se reía. Caminaba empinándose un poco en cada paso y el mechón de pelo castaño le golpeaba sobre los ojos. El Ángel era muy pobre. Su casa no era como la nuestra y nunca se quedaba a dormir en la de la abuela. Cuando crecimos, supimos que mi tío, el hermano consentido de mis tías pitucas, se había casado por obligación con la madre del Ángel. Mis tías de la casa grande mostraban una distraída condescendencia cuando la trataban. Como si quisieran que en toda ocasión estuviera presente el desapego que sentían por sus manos enrojecidas, sus enormes caderas y sus batones floreados. Nosotros la adorábamos. Muchas veces, cuando se hacía tarde y el Ángel se quedaba a cenar, ella venía a buscarlo. Entonces se repetía el juego. Después de los saludos intercambiados con mis tías, ella empezaba a buscarlo por toda la casa. Nosotros, escondidos debajo de la mesa del comedor, escuchábamos su voz que se acercaba pasando de una habitación a otra. Ella decía: ¿Dónde anda el Ángel? Y cuando abría la puerta y volvía a preguntar ¿Dónde anda el Ángel?, recuerdo toda mi maravilla. Por un momento, era como si un ángel de verdad anduviera por algún rincón o estuviera sentado en la lámpara o en la punta del aparador, riéndose de nosotros. Un poco más tarde los acompañábamos hasta la esquina y ellos se iban de la mano. Antes, la tía Teresa revolvía en el fondo de su enorme bolsillo y nos repartía caramelos.

Los sábados, a la hora del refresco en la puerta de calle, antes de que oscureciera del todo, mis tías nos preparaban para que nos vieran los vecinos. Mi hermana y yo parecía que íbamos a salir volando de tanto almidón y moños en la cabeza. A mi primo Marcelo lo peinaban tirante para atrás, con mucha agua. En secreto, cada uno de nosotros envidiaba al Ángel, sentado con sus pantalones viejos en el cordón de la vereda. Ahí, mis tías decían qué íbamos a ser: Marcelo, abogado especialista. Jurisconsulto, acotaba siempre una de mis tías. Mi hermana y yo: mujeres de médicos o de diplomáticos. Acordate la hija de Lucrecia, qué vida se dio en Europa, acotaba otra de mis tías. Nunca decían que iba a ser el Ángel. Nosotros, inquietos, lo mirábamos para saber si a él le importaba esta ausencia de una profesión; pero esas conversaciones jamás le interesaban. Al día siguiente, en la expedición al patio de las cañas, solos y libres, manifestábamos nuestras secretas aspiraciones: Marcelo quería ser bombero, mi hermana bailarina, y yo cocinera. Volvíamos a mirarlo, pero el Ángel no decía qué quería ser. Por alguna razón nos quedábamos pendientes de su respuesta, casi sin respirar. Se entretenía un rato largo con las hormigas y después resolvía que él iba a seguir siendo el Ángel. A todos nos parecía tan lógico que nos tranquilizábamos por completo, contentos de no tener que pensar más en algo tan remoto.

Cuando crecimos y los veranos ya no fueron largos no lo vimos más. Nosotros teníamos títulos y vivíamos en Buenos Aires. El Ángel seguía viviendo en el lejano pueblo de mi abuela, en la casa de siempre, con la tía Teresa. Algunas noticias deshilvanadas nos llegaban por mis tías viajeras. No siempre eran buenas noticias. Ellas estaban orgullosas de nuestros títulos, de nuestros casamientos y de nuestra posición. El Ángel, simplemente, se había quedado cuidando a la tía Teresa. Con los años, lo volvimos a ver en algún velorio o en algún casamiento. Nos asombraba comprobar que el Ángel no había crecido. Tenía su enorme sonrisa y esa alegría inalterable que le ponía oblicuos los ojos. Los cuatro nos abrazábamos y él instalaba, otra vez, sin decir nada, los veranos largos y las expediciones al patio de las cañas. Yo lo miraba y recobraba, intacta, toda la maravilla de aquél ¿Dónde anda el Ángel?, cuando sentíamos que algo flotaba sobre nosotros en la oscuridad del comedor. Por eso, esta noche, cuando trataba de dormirme y apareció solo en la casa del cuento, resplandeciente entre tantas caras grises, me vine aquí a esperar hasta que amanezca y a acordarme mucho de él. A pesar de que siempre supimos que nada malo podría sucederle al Ángel.

Silvia Iparraguirre



(Foto: Juan Rulfo)